

## ECOLOGIA Y ECOLOGISMO

POR

PATRICIO H. RANDLE (\*)

La *ecología* estudia sólo *un aspecto parcial de la biología*: la interacción entre el ser vivo y su ambiente físico. Y la *biología*, a su vez, estudia sólo *un aspecto parcial de la naturaleza*: los organismos vivos.

Por ello resulta un tanto basto —de poco rigor científico— asimilar ecología a naturaleza.

La ecología como ciencia comenzó a desarrollarse como ecología específicamente vegetal (la prueba está que la publicación pionera —el *Journal of Ecology*— se ocupa sólo de ella), luego se extendió la ecología a los animales y posteriormente, por extensión, comenzó a hablarse de ecología humana. Pero si hay una ecología humana, estrictamente debe referirse a lo que hay de animal en el hombre dejando de lado lo que hay de propiamente humano en él que es el espíritu. De tal modo, la ecología humana, desde el punto de vista estrictamente científico, resulta un concepto cuando menos neblinoso.

Otis Dudley Duncan afirma que «el énfasis holístico implicado en la misma idea de ecología humana ha constituido una amenaza permanente a la unidad de la disciplina "por cuanto" se trata de expresiones de filosofía social antes que proposiciones teórico-científicas fundadas en la experiencia» (1). Y aquí comienzan los malos entendidos. Uno de los cuales consiste en *confundir ecología con ambiente* como si el nombre de la ciencia pudiera

---

(\*) Catedrático de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Director de OIKOS.

(1) Cfr. *Ecology* en la Encyclopaedia Britannica.

igualarse a uno de los sujetos que estudia. Otra es exigir que todo ecólogo sea ecologista siendo que más bien tiene razones para ser lo opuesto.

También resulta equívoco centrar todo el tema ecológico en la cuestión de los *equilibrios naturales*, que es harto compleja, ya que estos nunca son durables ni hay un patrón fijo al cual referirse. Por lo cual arguye con razón Philippe Pelletier en «L'imposture ecologiste» que cada vez que se habla de equilibrio entre el hombre y la naturaleza hay que preguntar: «¿Qué equilibrio? ¿Qué hombre? ¿Cuál naturaleza? ¿Homeostasis o biosíntesis? ¿El buen salvaje? ¿Naturaleza virgen?» (2).

La acción del hombre sobre la naturaleza no es de hoy. Por tanto es muy difícil discernir cuál acción, qué consecuencias. Porque tampoco toda acción humana es nociva. El hombre neolítico alteró un cierto *status quo* natural y gracias a él tenemos hoy animales domésticos y cultivos nutritivos que son bienes legítimos ganados por el hombre. Desde el punto de vista científico debe decirse que las nociones de *medio ambiente* y *paisajes naturales* son relativas. Por ejemplo: «la mayor parte de los bosques franceses defendidos salvajemente por los ecologistas en nombre de la naturaleza no son sino creaciones humanas» (3).

Igualmente es arriesgado declarar que un *desequilibrio ecológico* es peligroso. La ciencia sola no lo determina. Es absurdo fundar científicamente la moral, porque como dijera Karl Popper «no hay ninguna manera científica de elegir entre dos fines». «La ecología no puede decir si hay que salvar tal o cual especie más que la balística no nos dice si hay que usar ojivas nucleares» (4).

Hay que guardarse de que bajo el pretexto de cientificidad se asuman posiciones que son políticas y por tanto contingentes: que hoy pueden ser de un modo y mañana de otro.

(2) Así responde PHILIPPE PELLETIER en *L'imposture ecologiste*, Montpellier, 1993, pág. 26, a quien afirma que «el equilibrio entre el hombre y la naturaleza debe ser restablecido» (MURRAY BOOKCHIN: *Pour une société écologique*, París, 1976).

(3) PH. PELLETIER: *Op. cit.*, pág. 30.

(4) *Ibidem*, pág. 34.

Hay que leer el famoso *informe Meadows* hoy, más de veinte años después, para comprobar que se basaba en cálculos y trasposiciones simplistas según las cuales *en 1992 sobrevendría la catástrofe*.

Existe una deriva profética que no quiere enterarse de sus fracasos premonitorios ni de los correctivos posibles y que están en marcha. Como los social-revolucionarios quieren todo o nada.

La realidad científica, sin embargo, es pródiga en descubrimientos que desautorizan una y otra vez la *visión catastrófica de los divulgadores*. Por ejemplo, el primer informe de la comisión científica europea que se ocupa de la capa de ozono y reúne a más de 250 expertos con un equipamiento muy sofisticado revela que en los primeros meses de 1992 no se puede hablar de un agujero de ozono propiamente dicho sobre los hechos observados ese invierno.

También en 1992, mientras en Río se celebraba la ECO 92 —un encuentro heterogéneo donde lo científico se mezcló con lo pseudo religioso—, se reunía en Heidelberg un nutrido grupo de científicos de mayor nivel, que en su documento final quiso poner énfasis en distinguir lo que es serio de lo que es fantasía en materia ecológica.

*Científicamente tampoco* puede hablarse de la naturaleza como concepto de *dominio virgen*. Tampoco existe ya más prácticamente ninguna región anecuménica. *Rachel Carson*, una investigadora infatigable, autora de un libro que llegó a ser un *best seller* sin dejar de ser serio, demostró hace más de treinta años que en las vísceras de esquimales que vivían prácticamente sin contacto alguno con la civilización había rastros de insecticidas.

Realidades como esta, con todo su patetismo, impiden hablar con *ligereza de naturaleza virgen*. O sea, los hechos demostrados por la ciencia en vez de impulsar a tomar actitudes tremendistas deben servir para ajustar mejor el juicio. De una recta evaluación suelen surgir correctivos como la *agricultura orgánica*, *las técnicas en conservación de los suelos* o *la lucha contra plagas mediante remedios naturales*, *el manejo del ciclo de nutrientes*, *el perfeccio-*

*namiento en la rotación de cultivos, la utilización de los abonos adecuados para el largo plazo, el desecamiento de terrenos asolados por la inundación mediante cultivos que favorecen la evapotranspiración, la conservación de los surplus de agua en vez de su drenaje y una multitud de otras técnicas consistentes.*

Los excesos semánticos a que ha dado lugar la ecología se pueden verificar en el caso de la llamada «ecología urbana», una versión de la humana que considera a la ciudad como un ecosistema. Sin duda se trata de un concepto manipulador porque, entre otras cosas la ciudad misma no existe como una respuesta a una necesidad ecológica. Si una ciudad puede compartir algunas características con un organismo —analogía muy lata— se trataría en todo caso de un organismo social y no hace falta traer aquí la clásica diferencia entre naturaleza y sociedad.

Uno tiene el derecho a preguntarse, ¿por qué se ha abandonado el enfoque clásico de la geografía que, al fin y al cabo, viene considerando toda esta problemática desde hace por lo menos un siglo? Acaso porque no conviene a las consecuencias que *a priori* se piensan sacar de la visión ecológica. *La geografía humana*, en primer lugar, nunca ha querido considerar *al hombre como un animal que encuentra su nicho ecológico* en un cierto medio. El hombre, para la geografía aún hoy, según palabras de Pierre Gourou (5) «existe en tanto que *miembro de un grupo animado por una civilización*», o sea, *no aislado como abstracción de una especie*. Y además, es un hecho que la geografía siempre ha tomado en cuenta que el hombre no puede dejar de alterar los equilibrios naturales —biostasis— y sustituirlos incesantemente por otros que aseguren mejor su homeostasis.

Para una interpretación global del tema la gente debería acudir *la pensamiento geográfico tradicional que, según Lucien Févre, «ha ayudado a descubrir el mundo, a sentirlo y que aún puede comprenderlo»*. Dentro de esa visión de la cuestión agrega Févre que «la geografía nunca ha tenido por objeto investigar las "in-

(5) PIERRE GOUROU: *Pour une géographie humaine*, Finisterra, revue portugaise de géographie, I (1966), págs. 10-32.

fluencias”: las de la naturaleza sobre el hombre o las del suelo sobre la historia» que han dominado el enfoque determinista y que, por lo demás, «influencias no es un término del léxico científico sino del *lenguaje astrológico*» (6).

Digamos para terminar con esta breve reflexión sobre la ecología como ciencia que la noción de naturaleza —como tal— no se puede hallar en la *Biblia* ni —según Pelletur— en el *Corán*, pues en ambos casos está remplazada por el concepto de «creación»: origen divino, gracia (7).

En todo caso, el aporte que ha hecho la ecología científica perfeccionando conceptos fundamentales como el de ecosistema, biósfera o red trófica, entre otros, es innegable. Han ayudado a conocer mejor la naturaleza y a regular mejor la inserción de la obra humana sobre ella. Sobre todo, ha desvirtuado el enfoque mecanicista originado en el siglo XIX que simplificó la idea de progreso y la equiparó a la de industrialización a cualquier precio.

Este aporte de la ecología incluye además una crítica al concepto de crecimiento económico como panacea universal y propone en cambio un enfoque más equilibrado del desarrollo, una corrección al modelo liberal clásico.

Pero nada de esto justifica reducir la ecología a una opción política, a un barniz moral encubriendo a la ideología del progreso, a una defensa apacible de ciertas especies animales, a una valoración hedonística de la naturaleza, a una modalidad insólita de hacer negocios (deuda externa por ambiente). Todo esto es ecologismo. De lo que hablaremos a continuación.

El ecologismo pretende abarcar un arco muy vasto desde la sensibilidad espontánea por lo natural hasta el ideologismo anticapitalista, y reclutar en sus filas de activistas desde los amantes de la naturaleza (incautos y bien inspirados) hasta los agitadores profesionales que hoy día, visto el derrumbe del comunismo en

(6) LUCIEN FÉVRE: *La Terre et l'évolution humaine*, París, 1922, pág. 390.

(7) Cfr. ABDEL WAHAB MEDDEB: *Un chant du Coran*, Le Monde Diplomatique, Juin (Supplément), 1992.

Rusia, necesitan urgentemente *enarbolar cualquier otra bandera* contra su enemigo.

El ecologismo se suele presentar frecuentemente como un modo de reflexión pero seguido de un modo de acción concorde, configurando así una *mélange pseudo-docta de cuestiones científicas y militantes*.

Los problemas de la *capa de ozono*, el *efecto invernadero* o la *lluvia ácida* los presenta como si alguien estuviera de parte de ellos. Necesita personificar un enemigo y al mismo pretende que fuera de él no hay remedio. Pero el remedio no suele ser sino una contribución operativa y previsorá que suele provenir de los medios científicos puros antes que del activismo.

Su gran artículo de fe, «*respetar la naturaleza*», resulta que *no es un principio absoluto*, porque el *estroncio 90*, los *virus*, las *inundaciones*, los *terremotos*, son todos *productos naturales*. El fundamento teórico del ecologismo carece de rigor no ya científico sino siquiera lógico. De una ciencia que se renueva y que revisa todo constantemente no puede derivar una militancia simplista. Como afirma Dagognet: «el ecologismo ha hecho de la *naturaleza y sus equibirios un fetiche*» (8).

El ecologismo busca legitimar sus acciones acudiendo a la ciencia porque no halla justificación para sus posturas en la moral cristiana. Así construye un *reduccionismo maniqueo* por mucho que pretenda formular un holismo integrador.

Pero una moral científica no deja lugar a la libertad, pues todo se rige por la necesidad. Es el correlato conductista del determinismo. Por otra parte, en el ecologismo asoma una suerte de ciencia global que en realidad tiene poco de ciencia.

Adviértase en toda acción o pensamiento ecologista una particular inquina contra la civilización occidental. No atacan a los chinos que al expandir el cultivo de arroz produjeron una verdadera revolución ecológica.

Es curioso que en vez de proponer una interacción creativa entre naturaleza y cultura pretenden subordinar ésta a aquélla,

---

(8) PH. PELLETIER: *Op. cit.*, pág. 25.

*como si la naturaleza por sí misma pensara y todo el ecologismo no fuera una mera creación de la mente humana.*

Hemos dicho al hablar de la ecología como ciencia que constituye una analogía un tanto forzada. Pero el ecologismo urbano configura un verdadero espejismo, pues si la ciudad fuera verdaderamente un ecosistema sería muy fácil solucionarle sus problemas, mientras que, como sabemos, como sistema (lo dicen los expertos en dinámica de sistemas como Jay Forrester) se trata de uno tan aleatorio que no puede operarse sobre él.

Toda vez que el ecologismo incurre en una acusación genérica contra el hombre como destructor de su hábitat *diluye las responsabilidades concretas*, escamotea a los verdaderos culpables y finalmente sin querer los deja impunes.

El ecologismo es global, no conoce fronteras, ni naciones, ni culturas, ni clases sociales, ni religiones. Por eso apunta a un *gobierno científico del planeta* (del mundo como entidad puramente física) que controle hasta sus pulsiones secretas y de cuya fiscalización no escape nadie ni nada: un verdadero totalitarismo ecológico.

Las metáforas son una debilidad de los ecologistas. La Tierra, personificada como un ser viviente (Lovelock y su Gaia) es el *desideratum*.

La terminología ecologista se desliza insidiosamente del caso individual *al Todo*. El riesgo del ecologismo es la *anti-ciencia*. O la ligereza en el lenguaje. Por eso hablan con demasiado poco rigor del respeto por la vida mientras pueden ser partidarios del aborto o de la eugenesia. Porque según ellos el hombre es para la Vida y no la vida para el hombre. *Carece de una lógica interna, filosóficamente es despreciable*. No existe ningún *pensador de fuste* que se haya plegado al mensaje ecologista; menos aún que lo haya podido profundizar.

Para caracterizar mejor a los ecologistas podría decirse que se trata más bien de «ecocentristas», como si la naturaleza hablara, pensara, fuese un sujeto con mayor protagonismo que el hombre mismo. Y como ecocentrismo, además, implica una sensibilidad exacerbada con ribetes irracionales.

*Amar las plantas y los animales no es necesariamente ser ecologista. ¿Cuál es la diferencia?: el hacer de ese amor una cuestión ideológica. Que no es tanto el amor a la naturaleza como el odio al capitalismo lo que los anima. En eso se parecen a cierto socialismo que no es tanto que quieran a los pobres como que odien a los ricos.*

Al carecer de una legitimación genuina se convierte en una forma sutil de autoritarismo. Afirma el ecologismo que constituye «una fuerza moral», como dice Cousteau —el otro Cousteau—, quien, en realidad confunde dos cosas: el significado de ciencia y la naturaleza de lo moral.

El catastrofismo ecologista revela una pereza simplificadora opuesta a la paciencia necesaria para hacer investigación científica que es búsqueda perpetua y «fair play» frente a los propios errores que deben reconocerse, como por ejemplo, el fracaso del citado Informe Meadows, que jamás ha sido criticado por un ecologista.

El ecologismo se parece al marxismo en que no busca tanto conocer la naturaleza como transformar la realidad para fundirla con una idea que se tiene de ella. Y también en exaltar la contradicción entre hombre y naturaleza no para alcanzar una síntesis sino para alimentar el fuego de la caldera ideológica. De allí que practiquen un reduccionismo económico, social y político, pues todo ha de converger en un sólo tema. Y así poder convertirse más fácilmente en bandera de revolución social.

De allí el calificativo de sandías que hallaron los alemanes, donde el Partido Verde tiene tanta fuerza: «*verdes por fuera pero rojos por dentro*».

Con una concepción del hombre que no va más allá de la de un animal inteligente (9), las consecuencias del ecologismo cerril pueden resultar a la postre peores males que los que dice combatir: propósitos mundalistas, totalitarismo panteísta, materialismo disfrazado de espontaneidad, estética e ingenuidad. Todos ingredientes para conformar lo que en Francia jocosamente llaman

(9) JAVIER URCELAY ALONSO: «Ecología, ecologismo y política», *Verbo-Speiro*, núm. 223-224, págs. 467-506, Madrid, 1984.

«le gourou ecolo». Profetas de una pseudo religión que llena el vacío creado por el agnosticismo contemporáneo.

Hay una *manera práctica* de hacer cosas *positivas* por el medio físico. No son nuevas ni nunca han sido rotuladas como ecológicas pero trajeron grandes beneficios a la humanidad. Los *caldeos* domaron la furia del *Tigris* y del *Eufrates*, los *egipcios* *aprovecharon el limo del Nilo*, los *romanos* *desecharon pantanos* desde Italia hasta *Eat Anglia*.

Hay mucho por hacer que en concreto, como *forestar*, *combatir la erosión*, *conservar y mejorar los suelos*, *polderizar*. Nada de esto plantea conflictos ideológicos entre el hombre y la naturaleza. Porque *¿a qué poner tanto empeño en conservar la naturaleza como patrimonio si no es para servir al hombre?*